

EL INCENDIO

Esta mañana había yo concluido de copiar mi parte del cuento *De los Apeninos á los Andes*, y estaba buscando un tema para la composición libre que nos manda hacer el maestro, cuando oí un griterío desacomunado por la escalera. Poco después entraban en casa los bomberos, los cuales pidieron permiso á mi padre para examinar las chimeneas y las estufas, porque se veía humo por los tejados y no se sabía dónde era. Mi padre les autorizó, y aunque no teníamos fuego encendido en ninguna parte, comenzaron á andar por las habitaciones y á aplicar el oído á las paredes para oír si hacía ruido el fuego dentro de los cañones que comunicaban con las chimeneas de la casa.

Mi padre me dijo mientras andaban por las habitaciones:—Enrique, hé aquí un buen tema para tu composición; pónete á escribir lo que voy á contarte:

“Los vi trabajando hace dos años, un día noche que salía del teatro Balbo, á hora avanzada. Al entrar en la calle de Roma, vi un resplandor raro y una turba de gente que corría: era que había fuego en una casa. Lenguas de llamas y nubes de humo salían de las ventanas y del tejado; hombres y mujeres aparecían y desaparecían de la fachada, exhalando gritos desesperados. Había un gran tumulto delante del portal; la multitud gritaba:— ¡Que se queman vivos! ¡Socorro! ¡Bomberos!

Llegó en aquel momento un carruaje, del que bajaron cuatro bomberos, los primeros que se encontraron en el Ayuntamiento, y los cuales se lanzaron dentro de la casa. Habían apenas entrado, cuando se vio una cosa horrible: una señora se asomó desesperada á una ventana del tercer piso, se agarró al antepecho, se montó en él y permaneció así agarrada, casi suspendida en el vacío, con la espalda fuera, encorvada bajo el humo y las llamas que, huyendo de la habitación, casi le llegaban á la cabeza. La multitud

exhaló un grito de horror; los bomberos, detenidos por equivocación en el segundo piso, donde había también inquilinos aterrorizados, tenían ya destrozada una pared y se precipitaban de habitación en habitación, cuando con gritos les advirtieron:— ¡Al tercer piso, al tercer piso!

Volaron al piso tercero. Aquello era una ruina infernal: vigas del techo que crujían, corredores llenos de llamas, humo que asfixiaba. Para llegar á los cuartos donde estaban encerrados los inquilinos, no había otro camino que el tejado. Se lanzaron en seguida arriba, y minutos después se vio como un fantasma negro saltar sobre las tejas entre el humo: era el jefe, que había llegado primero. Pero para ir á la parte del tejado que correspondía al cuartito cerrado por el fuego, era menester pasar por un espacio estrechísimo, comprendido entre un alero y la fachada; todo lo demás estaba ardiendo, y aquel pequeño trecho estaba cubierto de nieve y de hielo y no había á dónde agarrarse.— ¡Es imposible que pase! gritaba la gente desde abajo. El jefe avanzó sobre el alero del tejado. Todos temblaban y miraban fijos, con la respiración suspendida: ¡Pasó! Una inmensa aclamación atronó el espacio.

El jefe volvió á emprender su marcha y llegó al punto amenazado; empezó á romper furiosamente con el azadón tejas, vigas y ladrillos para abrir un agujero y bajar por dentro. Entre tanto la señora continuaba suspendida fuera de la ventana y las llamas le llegaban á la cabeza; un minuto más, y se hubiera arrojado á la calle. El agujero se abrió: se vio al jefe de bomberos quitarse la ropa y meterse dentro; los otros bomberos, reunidos ya, le siguieron. En el mismo momento una altísima escalera llegada entonces se apoyó en la cornisa de la casa, delante de las ventanas, de donde salían llamas y alaridos de locos. Pero se creía que ya era tarde— ¡Ninguno se salva! gritaban.— ¡Los bomberos se queman! ¡Todo ha concluido! ¡Se han muerto!

De pronto se vio aparecer en la ventana de la esquina la negra figura del jefe, iluminada por las llamas.

de arriba á abajo : la señora se le echó al cuello ; él la agarró precipitadamente con sus dos brazos, la levantó y la colocó dentro de la habitación. De la multitud se escaparon mil y mil gritos, que cubrían el ruido del incendio. Pero ¿ y los demás ? ¿ Cómo bajarían ? La escalera, apoyada en el tejado por delante de otra ventana, distaba de aquélla todavía un buen espacio. ¿ Cómo podrían salvarlo ? Mientras se decía esto la gente, uno de los bomberos se echó fuera de la ventana, puso el pie derecho en el antepecho y el izquierdo en la escalera, y así, de pie en el aire, se le abrazaban uno á uno los inquilinos, que los demás le alargaban desde dentro ; se los entregaba á un compañero que había subido desde la calle y que, agarrándolos bien, por donde podía, les hacía bajar, uno tras de otro, ayudado por los demás bomberos de abajo. Bajó primero la señora de la esquina, luego una niña, otra señora y un viejo. Todos se salvaron. Después del viejo, bajaron los bomberos que quedaban dentro : el último en bajar fue el jefe, que había sido el primero que acudió.

La multitud les acogió á todos con una salva de aplausos, pero cuando apareció el último, el avanzada de los salvadores, el que había arrastrado á los demás á afrontar el peligro, el que hubiera muerto seguramente si alguno hubiese tenido que morir, el gentío lo saludó como á un triunfador, gritando y extendiendo los brazos como en demostración cariñosa de admiración y gratitud, y en pocos momentos su nombre oscuro, José Robino, se repetía en todos los labios." ¿ Has comprendido ? Eso es valor ; el valor del corazón, que no razona, que no vacila, que va derecho, con los ojos cerrados y con la velocidad del rayo, adonde oye el grito de los que van á morir. Yo te llevaré un día á las maniobras de los bomberos y te enseñaré á Robino, porque te dará mucho gusto conocerlo, ¿ no es verdad ?

Respondí que sí.

— Hélo aquí, respondió mi padre.

Yo me volví de pronto. Dos bomberos, terminado el examen, atravesaban la habitación para salir.

Mi padre me enseñó el más pequeño, el que llevaba galones, y me dijo : Etrécha la mano del cabo Robino.

El cabo se paró y me dio la mano sonriendo ; yo se la estreché, me saludó, y salió.

— Recuerda esto bien, dijo mi padre, porque de mil manos que estreches en tu vida, quizá no haya diez que valgan más que la suya.

EDMUNDO DE AMICIS

(Traducido por H. Giner de los Ríos).

MONOGRAFÍAS HISTORIALES

II

LA CONQUISTA DE LOS PIJAOS

INTRODUCCIÓN

Entre las innumerables tribus que poblaban el territorio colombiano en el siglo XVI, la mayor parte de las cuales fueron destruidas con el contacto de la civilización europea, introducida allí por los españoles, una de las más numerosas, fieras y valerosas era la de los PIJAOS, de la cual, sin embargo, no podemos juzgar con toda verdad por haberse ésta destruido en parte y emigrado los pocos individuos que quedaban de ella en los primeros años del siglo XVII.

Los PIJAOS tenían su asiento en la Cordillera Central ; se extendían desde la cordillera, á espaldas del Distrito de Santa Ana, en la Provincia de Honda, hasta el Páramo de Las Papas, al Sur, y se derramaban por Oriente y Occidente, hacia las hoyas del Magdalena y del Cauca.

La gran familia de los PIJAOS se dividía en gran número de tribus que llevaban los nombres de los Caciques que las comandaban y las tierras en que vivían.